

vasen con fidelidad y amor, como costumbre muy usada con los ministros evangélicos cuando van á administrar los Santos Sacramentos y predicar. Oída por el gobernador su justa petición, mostró holgarse mucho, y las prometió dar todo el favor y ayuda posible como en materia tan del servicio de Dios y conforme á la voluntad del rey, con que todo al parecer se disponia con feliz prosperidad, que animaba el buen deseo de los religiosos. Como el gobernador supo que iban como varones apostólicos á pié, descalzos y sin mas confianza que en la misericordia divina, no trató de que para su avío, ni para lo del culto divino, se diese de la caja real cosa alguna, ni tampoco los religiosos hicieron instancia en pedirlo, viendo que la devoción de los fieles les iba socorriendo con lo que por entónces parecia necesario para adorno de la iglesia, y la provincia para los ornamentos. Aun el favor que les prometió para que los indios los aviasen, y despues diesen guias para ir á los itzaes, no se le dió, poniendo excusas que segun se verá no eran suficientes. Parece que el enemigo del linaje humano envidioso de ver que aquellos religiosos trataban de desposeerle del imperio que en aquellas almas habia tenido, solicitando reducirlos al conocimiento del verdadero Señor, que las crió para que le adorasen, comenzó desde luego á poner inconvenientes, permitiéndolo Dios por lo que su Divina Magestad sabe, al paso que los religiosos solicitaban dar principio á su jornada. Retardóse algo habiendo de juntarse lo necesario de particulares limosnas como sucedió, y sentian la dilacion en sumo grado, porque si con ella se adelantaba el tiempo, y llegaba el de las lluvias, perdian aquel año, no pudiéndose pasar á los itzaes en continuando las aguas por las muchas ciénegas que á cada paso se ofrecen y rios caudalosos que con las crecientes grandes imposibilitan el pasaje. No les daba el gobernador su despacho, di-

ciendo que cuando estuviesen de todo prevenidos se les entregaria, pero la causa que le movia se dice en el capítulo siguiente.

—o—

CAPITULO QUINTO.

Salen de Mérida los religiosos á la nueva conversion, y llegan á Salamanca de Bacalar

Llegó el dia que tanto deseaban aquellos dos religiosos, ambos venidos en una mision de España, y hijos de la santa provincia de Castilla, y recibida la bendición de su prelado y del Sr. obispo, y pedido á los religiosos y á todos los seculares encomendasen el buen fin de su viaje á Dios de quien dimana todo bien; cuando hubieron de salir de la ciudad y pedir al gobernador les diese su despacho, no estaba en ella, porque un ciudadano encomendero, llamado Miguel de Argaiz, le habia llevado á festejar á una estancia suya con otras personas de la ciudad. Está la estancia distante una légua de la ciudad, y al paso del camino por donde habian de ir á su viaje, y así salieron para verle allí y despedirse de él. Iba por comisario de esta conversion el P. Fr. Bartolomé Fuensalida, y por su compañero el bendito P. Fr. Juan de Orbita, cuya santa vida, milagros y feliz tránsito de ella se dice en otra parte.

Como la ocasion era mas á propósito para entrenimientos que para hacer despachos, el que les dió el gobernador fué solamente decirles que prosiguiesen su viaje, y que al camino les enviaria los recados necesarios de muy buena gana Y que si cuando llegasen al convento de Tekax (que como se ha dicho es el último que tene-

mos en la Sierra) no los hubiesen recibido, que esperasen en él, que sin falta allí se los remitiría. Quedóse el gobernador con los ciudadanos en su festejo, y los religiosos prosiguiendo su camino llegaron al convento de Tekax, donde se detuvieron algunos dias esperando los recados del gobernador. Cuando entendieron tener lo que deseaban, y se les habia prometido, recibieron una sola carta del gobernador en que les decia: Que habiendo bien considerado la materia, habia acordado no dar los recados que le habian pedido, por no tener orden del rey para ello. Y que si acaso los indios gentiles les quitaban la vida, ó á algunos de los indios de esta tierra que iban con ellos, le seria mal contado, y que en el real consejo de Indias le culparian por la accion de haber ido con orden suyo. Que pues su prelado los podia enviar á predicar el santo Evangelio entre los infieles, y de hecho los enviaba, pues les habia dado su licencia y patente comision para ello, que con la bendicion de Dios prosiguiesen su viaje. Causó notable admiracion á los religiosos ver que tan presto hubiese mudado parecer, dejando de ayudar á una obra tan buena y santa, y así dice el que hizo la relacion que he dicho estas palabras: "Y para mi bien entendí y sospecho que algo dirian al gobernador los que le asistian para que así se resfriase en su buen propósito primero, y desistiese de él, y nos escribiese lo dicho, siendo así que le habiamos dado cuenta cómo habia en esta provincia dos cédulas de S. M. D. Felipe Tercero, que está en gloria, para que fuese hecha la reduccion y conversion de estos indios y los demas que estuviesen circunvecinos á ellos por los religiosos de esta provincia, y los oficiales reales que eran Gil Carrillo de Albornoz y D. Francisco Sarmiento, y otros muchos que sabian de ellas, querian que se ejecutasen y cumpliesen."

Sintieron mucho los religiosos este despego del go-

bernador, no por otra cosa sino porque sin su favor les parecia que en Bacalar no tendrian tan breve despacho en el avío por ser necesaria desde allí embarcacion para ir al pueblo de Tepú, donde habian de hacer asiento, segun el orden que del obispo llevaban y porque los indios de él no viendo letras del gobernador no los ayudarian como era menester, así para guiarlos, como para acompañarlos, siendo desde Tepú despoblado, y necesitando de embarcacion para algunas islas que hay en el camino. Pero aunque se representaban estos inconvenientes, propusieron seguir su viaje, y despues Dios los favoreció facilitando aquellos estorbos, como si llevaran los mandamientos mas apretados que pudieran haberseles dado. Movió Dios nuestro Señor los corazones de algunos indios de esta provincia, cantores y sacristanes de nuestros conventos, que voluntariamente se ofrecieron á acompañar á los religiosos, aunque conocian peligroso el viaje yendo solos sin defensa humana á ponerse en manos de aquellos bárbaros infieles, de quien sabian con certidumbre comen carne humana. Pero el que es poderoso para hacer de piedras hijos de Abraham, lo fué para que pospuesto el temor acompañasen á los religiosos. Viendo éstos tenian yá con quien celebrar los oficios divinos solemnemente como en esta provincia se acostumbra, salieron del convento de Tekax muy contentos y consolados, y llegaron á un pueblo distante cinco leguas llamado Calotmul, administracion del beneficio de Peto. Desde allí se atraviesa la Sierra para un pueblo, su nombre Chunhuhub, y hay á él quince leguas de despoblado. Algunos trechos del camino son tierra descubierta sin arboleda, que por acá lo llaman sabanas, y algunas ciénegas malas de pasar. Hay en algunas lagunas ranchos y paraderos donde españoles y indios descansan y duermen de noche, aunque están sin gente que los habite. A todos los sitios, ranchos, lagunas, sabanas y ciénegas tienen los indios pues-

tos nombres en su lengua por donde los conocen, que en esto tienen gran curiosidad y cuenta. Por aquellos montes y términos del pueblo hay mucha zarza y muy buena, que en su lengua llaman cocoh, y en aquel pueblo los recibieron con mucho amor y caridad los indios.

Hay desde Chunhuhub á otro pueblo llamado Pacha otras quince leguas de despoblado y de peores caminos que lo antecedente, porque son tan anegadizos en tiempo de lluvias que es menester canoas para pasar muchos parajes, y se quedan allí el tiempo de la seca. Entre otras hay una ciénega á que los indios llaman Uba-celtitzmin, que es como decir huesos de caballo, por los muchos que allí han muerto atollados trajinando aquel camino, y quedándose allí por no poder salir ni sacarlos sus dueños. Ahora diez y ocho años por este mes de julio en que estoy trasladando esto, me pudo suceder allí una desgracia y peligro grave. Venia de vuelta de Goatemala en compañía del R. P. Fr. Luis de Vivar, de visitar aquella provincia y celebrar su capítulo, y llegando á este paraje, habiéndome adelantado algo á las demas, me iba entrando en la ciénega presumiendo era algun mal paso como otros muchos que en el viaje habíamos pasado. Quiso Dios, á quien doy las gracias, que me alcanzaron á ver los que despues venian, y á voces me detuvieron y dijeron volviese á salir por donde habia entrado, porque iba á dar á un paraje de que con mucha dificultad podrian sacarme. Hice lo que me decian, y habiendo dado con los demas una gran vuelta á un lado para evitar aquel paso, ví á la otra parte que salia al camino una canoa en que en tiempo de aguas se anda, por ser tantas las que allí se recogen que se navega en ella.

Del pueblo de Pacha fueron á otro llamado Xocá casi diez léguas distante y ahora es despoblado sin señal de casas ni iglesia, todo hecho monte cerrado de arboleda que es lástima verlo. A los lados de este camino hay

algunas lagunas grandes de buena agua y pesca. Cinco léguas dista Xocá de la villa de Salamanca de Bacalar, donde llegaron dando gracias á Dios de verse yá cercanos á dar principio á su obra. Era beneficiado de aquella villa y su partido Gregorio de Aguilar, el cual estaba en los pueblos de su feligresía á administrar los Santos Sacramentos á los indios, y así hubieron de presentar los religiosos las licencias que llevaban al alcalde de la villa, pidiéndole que con brevedad los ayudase y diese avío de embarcacion ántes que entrasen las aguas, pues sabia que despues la corteidad de las embarcaciones no tiene fuerza para resistir la violencia que con las corrientes de las aguas traen los rios, principalmente aquel por donde se sube al pueblo de Tepú, y otro llamado Cancanilla que está ántes de él. Era alcalde en esta ocasion Andres Carrillo de Pernia vecino de la villa de Valladolid, el cual los hospedó con mucho amor y voluntad en unas casas grandes cubiertas de paja que sirven de casas reales. Allí los regaló el tiempo que estuvieron en la villa dándoles de comer y sustentando á su costa á los indios que iban acompañando á los religiosos. Fué tanta la caridad que les hizo, y el ayuda con que despues los favoreció, que agradecido á ella el religioso que hizo la relacion dice en ella así: "Accion tan buena y santa fué esta, que solo Dios se la ha de pagar, porque de parte de la tierra en cosa alguna se le ha gratificado, que si se hiciera fuera mucha razon y justicia, y hubiera muchos que acompañaran á los religiosos en ocasiones semejantes. Y á algunos se dan muy buenas encomiendas y rentas y ayudas de costa con menos méritos que los que tiene dicho Andres Carrillo, porque es criollo benemérito, y su mujer tambien lo es. Mas Dios les da vida y salud, y plega á su Divina Magestad se la dé por muchos años, que con su rentecilla que tienen viven y pasan, y Dios les ha de dar la gloria,

que la tiene prometida á los que dieren un jarro de agua por su amor &c." Tan en la memoria tenia este religioso la caridad que entónces se les hizo habiendo pasado treinta años, porque escribió la relacion el año de mil seiscientos y cuarenta y ocho.

—o—

CAPITULO SEXTO.

Van los religiosos á Tepú, y algunas cosas particulares de aquel camino.

Estaban, como se ha dicho, los religiosos en la villa de Salamanca de Bacalar solicitando salir con presteza para el pueblo de Tepú ántes que entrasen las lluvias; pero como no llevaban favor del gobernador para que los indios de aquella tierra los ayudasen, y ellos iban como verdaderos hijos de nuestro padre S. Francisco sin recurso á dinero con que pagar la embarcacion que es forzosa para el viaje, y su trabajo á los indios remeros que los habian de llevar, se detenian mas de lo que quisieran. Viéndolos el alcalde Andres Carrillo por esto con alguna tristeza, porque el santo propósito que llevaban no se entibiase, previno una piragua suya muy capaz y indios remeros, y el matalotaje necesario para todos; determinando no solo aviarlos con lo dicho, pero tambien hacerles compañía hasta el pueblo de Tepú, porque los indios no los dejasen y fuesen mas bien socorridos en lo que se les ofreciese, y esto de su propia hacienda, que fué por lo que el religioso da las gracias referidas en el fin del capítulo antecedente. Porque dice que á no moverse el alcalde con tan buen celo á ayudarlos, fuera imposible pasar adelante.

Prevenido todo lo necesario, salieron de Bacalar los religiosos y el alcalde en su compañía, á los principios de mayo, por la laguna en cuya ribera está fundada la villa, como se ha dicho en otra parte, y fueron con buen tiempo por el rio que los indios llaman Nohukum, que quiere decir rio grande. Hace tambien este rio ántes de salir á la mar division en muchos pequeños, que forman gran número de isletas, y todos ellos se vuelven á juntar á una madre para salir á la mar que dista como nueve léguas de la villa. Salidos á la mar pasaron una travesía de tres léguas para llegar á una estancia de un vecino de la villa, que estaba allí y los recibió con mucho gusto, dándoles buen refresco para pasar adelante. Este sitio de la estancia es donde al tiempo de la conquista de esta tierra estaba fundado el gran pueblo de Chetemal, de que tanto se trató en el libro segundo, y yá no hay mas de la memoria de que estuvo allí fundado. De la estancia fueron á un pueblo llamado Uaitibal que estaba cerca de la playa, y ahora totalmente despoblado (como se dirá tratando del tiempo en que sucedió), y de allí á la boca de un rio que los indios nombran Suluinicob, que es lo mismo que de los españoles. Dícese este viaje comunmente de los rios, por los muchos que en él hay. Por el de Suluinicob llegaron al pueblo de Ppuncuy que está á orilla de él, y pasaron al de Zonail, al de Holpatin, al de Lamanay ó Lamayná. Este tiene una gran laguna á su ribera que se forma de los rios y otras aguas que se le juntan, y tiene gran abundancia de pesca de tortugas y diferentes especies de peces, todos de muy buen gusto como son de agua dulce. A no haber tantos mosquitos, que dan mucha pena, era deleitosa la navegacion por aquellos rios, porque la vista es amena, y los indios con harpones van hiriendo los peces sin detener el viaje. Atravesaron la laguna para llegar á tierra, y en su playa se quedan las embarcaciones, por-

que desde allí se camina por tierra como hasta doce léguas para llegar al río de Tepú.

Hay en aquel camino un grandísimo pinal que tiene tres leguas de travesía, y por la mano izquierda hácia el oriente se dilata tanto, que dicen los indios no saben adónde termina, porque no acostumbran andar. En la relacion dice el autor de ella que entien- de va este pinal á Nueva España, que no parece estar muy lejos, aunque segun el sol estará mas de ochenta léguas. A mí me parece que si se dilata por la parte occi- dental como por la oriental, aunque vaya á la Nueva Es- paña, ha de estar muchas mas leguas, segun las tierras que hay de indios cristianos entre aquello y la Nueva- España. Así lo colige mi corto discurso por haberlo andado casi en circuito á la redonda dos veces que he ido á la visita de la provincia de Goatemala. Las pi- ñas de aquellos pinos no dan piñones, la tierra es muy parecida á la de nuestra España, corren por ella mu- chos arroyos, y hay algunas encinas cuyas bellotas no son muy dulces, y solo dejan buen sabor bebiendo agua despues de ellas. A las seis léguas de aquel camino está un río muy caudaloso, á quien nombran los espa- ñoles Cancanilla. Tiene una puente de piedra natural- mente formada desde el principio del río, y por ella pa- saron con el agua á la media pierna, con ser tiempo de seca, y en el de lluvias no es posible pasarla, por- que la sobrepujan las aguas. Nace esta piedra de de- bajo del agua desde su principio, y tendrá de ancho como dos varas. Dióle Dios tal aspereza, que con es- tar continuamente bañada de agua no es resbalosa, y se va por ella sin peligro de caer hácia la parte de la corriente, á donde hace un gran salto el agua que cor- re por debajo, de cuya violencia es tan grande el rui- do que una legua de distancia se oye. "Ello es (dice la relacion) para alabar á Dios nuestro Señor que la crió, que es santo y admirable en todas sus cosas, y es-

te río con esta puente es una de ellas y digna de ad- miracion. El Señor sea bendito que con su sabiduría obró todas las cosas &c." De allí hay otras seis leguas á un pueblo llamado Lucú, que está á la orilla del río que viene de Tepú, y llegando á Lucú los indios los recibieron con amor y contento.

Habiéndolos regalado con lo que tenían, aprestaron de sus canoas, para llevarlos con buen avío y seguridad. Son grandes pilotos de aquel río, y diestrísimos remeros criados desde muchachos en aquella ocupacion y ejercicio, que es el principal que tienen. Hay en el pueblo de Lucú mucho achio- te, que es lo mejor que se conoce en toda la Nueva- España, muy buen cacao grueso que tira á colorado, y por sí solo de buen sabor, vainillas que llaman ciz- biques, muy buenas y olorosas para el chocolate. Era pueblo de mucho recreo y regalo con muchas huertas de cacao á la ribera del río. En él hay mucha pesca de tortugas y del pez que llaman bobo, que es muy regalado. Desde Lucú se sube el río arriba doce lé- guas contra la corriente para llegar al pueblo de Tepú. Es tanta la violencia del agua, que no bastan remos, y es necesario subir á fuerzá de palancas, y á pequeño descuido la del agua vuelve atras las canoas, y muchas veces se arrojan los indios al agua para tirallas á bra- zo. Así es trabajosísima la subida, porque en el espa- cio de las doce léguas tiene el río ciento y noventa raudales de impetuosa corriente; pero lo que admira es la curiosidad de los indios, que á cada una le tienen puesto su nombre propio con que todas las conocen. Es tan caudaloso este río como cualquiera de los ma- yores de nuestra España, y su agua tan buena que dicen es mejor que la del celebrado Tajo. Cria zarza y oro, y ya sea por esto ó por virtud oculta que Dios la ha dado, bebida sana la enfermedad de hidropesía. Causa muy buenas ganas de comer, así á enfermos co-

mo á sanos, y á poco rato con la ayuda que da para la digestion de los mantenimientos, se siente hambre, como dice el religioso que hizo la relacion, que lo experimentó algunas veces. Una propiedad singular tiene el agua de este rio, y es que á medio dia, cuando el sol calienta mas, está fresca y aun casi fria, y de noche se calienta de tal modo que sube el vaho de ella como si fuera de una caldera de agua puesta al fuego. A los lados del rio hay minas de piedra para yeso, que sale muy blanco: hay muchas palmas reales, y tambien las hay en las lagunas y rios que quedan dichos, y por regalo suelen comerse los palmitos que tienen sabor de cima de cardo. Hay tambien por las riberas de él de todas frutas de tierra caliente en mucha abundancia, caza de venados, puercos del monte que son los que tienen el ombligo en el espinazo, codornices y otras aves de diversas especies. Otras cosas dice que hay por allí maravillosas, y que no lo es poco ver tantas lagunas, esteros, brazos y divisiones que hacen, y lo mismo los rios, que por muchas partes se pierde de vista su longitud. Los montes y sierras que los cercan, ásperas y agrias de subir, pero llenas de árboles fructíferos, que dan sustento á los indios por aquellos caminos. Y qué de veces dice aquel religioso las he comido yo en su compañía caminando.

En tres días fué Dios servido vencieron la dificultad de la subida tan trabajosa, y llegaron al pueblo último de esta gobernacion y de cristianos, plaza de armas de su espíritu, destinado para residir el tiempo que fuese necesario para pasar á la nueva conversion de aquellos infieles. Supieron el cacique, alcaldes y principales ántes que llegaran los religiosos cómo iban, y vinieron con sus canoas mas de dos léguas del rio abajo á recibirlos, con refresco de comida y una bebida que llaman zacá, que la hacen de maiz y cacao, y es sabrosa. Saludáronlos con gran contento y alegría, y volvieron

con ellos. Está el desembarcadero como un tiro de piedra del pueblo, y allí tenían prevenidas danzas á su usanza, y con ellas y mucho regocijo los llevaron á la iglesia, donde hicieron oracion. Allí dicen que dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor por haberlos llegado con bien y librados de tantos peligros de mar, rios y tierra que se les habian ofrecido, y tambien á la Virgen Santísima Madre de Dios á quien se habian encomendado muy deveras, y al glorioso príncipe de los apóstoles San Pedro, patron y titular de aquella iglesia. Habiendo hecho oracion, los aposentaron en la casa del padre beneficiado conjunta con la iglesia, y al alcalde Andres Carrillo hospedó en su casa una india principal llamada doña Isabel Pech, mujer que habia sido de un cacique llamado D. Luis Mazun, que habia muerto estando preso en la ciudad de Mérida por algunos delitos que se decia haber cometido, y debia de ser idólatra porque despues se hallaron ídolos en su casa como se dice adelante.

CAPITULO SEPTIMO.

Escriben los religiosos al Canek, señor de los itzaes, y recibe bien la embajada.

Llegaron los padres Fr. Bartolomé de Fuensalida y Fr. Juan de Orbita al pueblo de Tepú poco ántes de la pascua del Espíritu Santo, y lo primero que hicieron fué adornar la iglesia lo mas curiosamente que pudieron, en que era cuidadosísimo el padre Orbita, y componerla con lo que en Mérida se les habia dado